



HAL
open science

Padre fundador de la etnología francesa, americanista apasionado, verdadero colombiano: Paul Rivet, un antropólogo polifacético

Christine Laurière

► To cite this version:

Christine Laurière. Padre fundador de la etnología francesa, americanista apasionado, verdadero colombiano: Paul Rivet, un antropólogo polifacético. Carl Henrik Langebaek, Clara Isabel Botero. Arqueología y etnología en Colombia. La creación de una tradición científica, Uniandes-Ceso, Departamento de Antropología, Museo del Oro - Banco de la Republica, pp.219-240, 2009. halshs-00829050

HAL Id: halshs-00829050

<https://shs.hal.science/halshs-00829050>

Submitted on 1 Jun 2013

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

**PADRE FUNDADOR DE LA ETNOLOGÍA FRANCESA, AMERICANISTA
APASIONADO, VERDADERO COLOMBIANISTA:
PAUL RIVET, UN ANTROPÓLOGO POLIFACÉTICO**

Christine Laurière (CNRS, IIAC-LAHIC)

Como biógrafa de Paul Rivet (1876-1958), a través de mis lecturas, de las entrevistas y de las pesquisas en los archivos pude constatar que Paul Rivet no es conocido de la misma manera en América Latina –y, particularmente, en Colombia– que en Francia (Laurière 2008 a, b, c). No se le rememora por las mismas razones, por los mismos aspectos de su actividad institucional y científica. En América Latina se recuerda sobre todo al antropólogo americanista de reputación internacional que se apasionó toda su vida por los amerindios; a su teoría muy discutida sobre el poblamiento tripartito de América, que, si no desapareció totalmente de la historia de su disciplina en Francia, se debe a su papel, al lado de Marcel Mauss, como piedra fundacional de la etnología francesa, tal como se constituyó en los años 1910-1940.

Para comprender bien quién era Paul Rivet en junio de 1941 –fecha de su llegada a Bogotá y de la fundación del Instituto Etnológico Nacional–, quiero en este artículo reunir esos dos aspectos y tratar de restituir la complejidad de su recorrido en cuanto etnólogo, mencionando también su figura de erudito comprometido, activamente implicado en las luchas políticas contra el fascismo y el racismo. Intentaré diseñar el retrato de una figura esencial de la institucionalización de las etnologías francesa y colombiana, de evocar la originalidad de su trayectoria científica y de su pensamiento, porque tuvieron repercusiones

en el entrenamiento de sus discípulos y alumnos en el Instituto Etnológico Nacional que formaron la primera generación de antropólogos en Colombia, más de una docena de hombres y mujeres. Gracias a varios artículos y libros, se conocen bastante bien el contexto, las condiciones y las repercusiones de la estancia de Paul Rivet durante los dos años de su exilio bogotano, entre 1941 y 1943 (Uribe 1996; Pineda Camacho 1985 y 1998; Botero 2006; Chaves Chamorro 1986; Herrera y Low 1994; Dussan de Reichel 1984; Laurière 2008a: 551-596). Habiendo consultado fuentes de archivos y correspondencias inéditos, precisaré en mi artículo algunos datos e insistiré sobre algunos puntos que me parecen importantes de subrayar, dando a la vez un punto de vista del interior –es decir, el de Paul Rivet– y del exterior, es decir, el de una antropóloga francesa mirando a la historia de la antropología colombiana.

Paul Rivet, abanderado del americanismo y alma de la institucionalización de la etnología francesa

A partir de la mitad de la década de 1920, Paul Rivet recogió los frutos de su intensa labor de los veinte años anteriores. Fue un etnólogo imprescindible que ejerció una influencia enorme. Según las palabras mismas de Pierre Bourdieu, acumuló un “capital temporal” que le permitió dominar su campo disciplinario (Bourdieu 2001: 94). Fue un trabajador incansable, dotado de una energía inmensa, muy voluntarioso, que tomó iniciativas notables para modificar y cambiar el estado del campo antropológico, que no lo satisfizo. En julio de 1906, regresó de una larga misión de cinco años en Ecuador (la misión geodésica de medida del meridiano ecuatoriano), que despertó su vocación de antropólogo (Laurière 2008a: 21-155). En París, Paul Rivet se hizo rápidamente a un nombre en el círculo de los antropólogos

franceses, gracias al prestigio de la misión geodésica y al valor e interés que suscitaban sus análisis de los ricos materiales antropométricos, arqueológicos, lingüísticos y etnográficos traídos de Ecuador. Como joven erudito debió de dar muestras de su aptitud para jugar con las normas de su nuevo medio científico, para lo cual la legitimidad y el reconocimiento científicos sólo se obtuvieron necesariamente gracias a la práctica antropométrica y al dominio de los elementos teóricos de la antropología física, que seguía dominando las otras disciplinas. Sin embargo, en el transcurso de dos a tres años, se percató de los límites del método antropométrico y del fracaso de una antropología física obsesionada por la búsqueda de un hipotético carácter discriminador, para definir y distinguir las diversas razas humanas. Después de la publicación de un ensayo ambicioso sobre el prognatismo, en 1910, se desprendió decididamente de la antropometría, puesto que sentía que esta disciplina no podía vivificar más el conocimiento sobre el ser humano, ni siquiera describir y explicar la diversidad humana. Su rigidez y visión estrecha, sus debates sin fin sobre la validez de tal o cual criterio le parecían vanos y estériles. Lo que faltaba a la antropología eran investigaciones de campo, sobre el terreno, la valorización de los aportes de otras disciplinas como la etnografía o la lingüística. Puso en duda la jerarquía de las disciplinas y quiso invertirla en beneficio de otras más relevantes, en el marco de un proyecto antropológico que no se interesaría tanto en los aspectos biológicos y anatómicos del hombre como en su vida como ser social (Laurière 2008a: 167-186).

La amplísima gama de materiales traídos de Ecuador lo llevó a interesarse en la lingüística, ya que había recopilado unos quince vocabularios inéditos en el campo, cuya publicación inició en 1907, en paralelo con sus trabajos de antropología física y con su involucramiento en la Sociedad de Americanistas de París. Con un ánimo poco común, se dedicó a la revisión sistemática de las clasificaciones lingüísticas vigentes en América del Sur

y a reconstruir progresivamente el mapa lingüístico del subcontinente, inspirándose en el método de la lingüística indoeuropea, cuyos resultados lo impresionaron profundamente. En el período comprendido entre las décadas de 1920 y 1940, se convirtió en uno de los especialistas más eminentes de la lingüística amerindia, que le interesó enormemente (Landaburu 1996; Laurière 2008a: 211-261). Al principio de la década de 1920 escribió una síntesis en lengua francesa sobre las lenguas americanas, que se convirtió en una referencia ineludible durante varios decenios (Rivet 1924). En 1925, gracias a la prueba suma –según él, la prueba lingüística–, volvió a estudiar una cuestión que le fascinó desde su primero viaje a América del Sur: el problema de los orígenes del hombre americano. Propuso una hipótesis muy llamativa de un parentesco entre las poblaciones oceánicas y americanas. Paul Rivet pensaba aportar pruebas irrefutables que rompieran el aislamiento del Nuevo Mundo por el sur del continente y por California, uniéndolo al mundo antiguo, incluso al primitivo. Rechazó por principio el dogma de una única fuente de poblamiento, por el estrecho de Bering y de origen asiático. Si admitió sin dificultad que se trataba de la principal y última entrada que daba así su uniformidad física al amerindio, pensó, sin embargo, que podía haber otras migraciones, y las más probables le parecían ser las de origen melanesio y australiano (Rivet 1925 y 1943). Analizó y comparó vocabularios melanesios-polinesios, australianos, y encontró similitudes con el Hoka (un grupo hablado en Norteamérica a lo largo de la Costa Pacífica), en el caso del primero, y con el Chon (hablado en el extremo meridional de Suramérica), en el caso del segundo. Durante su exilio en Colombia dio el último toque a la preparación de sus materiales científicos relacionados con la defensa de su hipótesis, que fueron publicados en 1943 casi simultáneamente en francés, en Canadá, y en español, en México, gracias a la traducción de su amigo José de Recasens (Rivet 1943).

Pensó que había encontrado en el método de los parentescos lingüísticos la manera de reconstituir la historia del poblamiento americano –sin documentos escritos–, mediante el estudio de situaciones probadas de contacto, de intercambio. Gracias a la lingüística, Rivet dinamizó una antropología anquilosada, imponiéndole nuevas problemáticas, más históricas y etnográficas que raciales y biológicas. En el mismo movimiento adoptó el enfoque difusionista, el único que consideraba idóneo para profundizar y complejizar la historia de las sociedades no occidentales y para poner en evidencia una idea fuerte que anheló: todas las civilizaciones, sin importar la distancia y el tiempo, se deben algo mutuamente y están ligadas las unas a las otras, siendo el intercambio el que las enriquece y las ayuda a evolucionar. Compartió esa convicción con su amigo Marcel Mauss, ya que los dos rechazaron la creencia en el carácter excepcional del mundo indoeuropeo, que sería el único que habría realizado y personificado la civilización. Se ha recalado poco esta dimensión esencial del difusionismo, que ha sido muy criticado, sin entender lo que era de manera implícita pero evidente para sus defensores: se trataba de una rehabilitación de todas las sociedades excluidas y a las que no se reconoció el atributo de “civilizadas” (Laurière 2008a: 236-249, 437-447).

Dentro de esta perspectiva difusionista que restaura su complejidad e historicidad a los pueblos despreciados, Rivet se interesó cada vez más por la técnica, la tecnología, el “saber hacer” que manifiestan los amerindios. Llevó a cabo un estudio pormenorizado de la metalurgia precolombina en varias regiones, reconstituyendo su camino hasta sus lugares de origen, siguiendo en un mapa la propagación de sus diferentes técnicas. Procedió a efectuar una revisión radical de sus concepciones sobre la alteridad y la diferencia, precisamente, gracias a sus estudios consagrados a la civilización material de los indígenas. Encontró la manera de valorar sus conocimientos empíricos y su saber hacer, mostrando su contribución al patrimonio común de la humanidad. Los sucesos relacionados con la Segunda Guerra Mundial no hicieron más que acrecentar esta determinación de combatir los prejuicios raciales

y de volver a situar estas sociedades en el lugar que les corresponde por derecho propio. Su aguda conciencia de la cosa pública y de los deberes del etnólogo con sus conciudadanos lo llevó a desarrollar, para una gran audiencia, la idea de igualdad en la inteligencia, en la habilidad técnica y en el genio creativo presente en todos los hombres, sin distinción del nivel de desarrollo de las sociedades impuesto por los criterios eurocéntricos. Se desprendió de una óptica racialista cuando consideró a los pueblos amerindios y puso en duda el enfoque antropométrico. Su proyecto antropológico —es decir, el trazado de las rutas de poblamiento del continente americano— lo obligó a preocuparse más de las lenguas y de la civilización material de las sociedades amerindias. Avanzando así, según las nuevas perspectivas, ya no se trata más una definición negativa de esos pueblos que se esbozan (sociedades sin historia, sin escritura, primitivas, que hablan lenguajes groseros a imagen de sus hablantes, que dominan tecnologías rudimentarias), sino, por el contrario, de una apreciación más justa, una valorización del legado indígena. Esas sociedades tienen una historia larga, tan larga como la de Occidente; no son simples sino complejas, y esa complejidad requiere, de parte del antropólogo, que no acuda a un solo factor de explicación —la raza—, sino, por el contrario, que recurra a la lingüística, la etnografía, la arqueología, tal vez a la sociología, si procede la observación. Esta doble convicción (no hay pueblos primitivos, su historia es tan larga como la nuestra) que se forjó Rivet iba a alimentar sus posturas en las esferas pública y política.

Dedicó mucha energía y gran cantidad de tiempo a la organización institucional de la etnología y del americanismo. Su nombre quedó asociado a varias instituciones estrellas del campo antropológico francés: la Sociedad de Americanistas de París, el Instituto de Etnología de la Universidad de París, la cátedra de antropología del Museo Nacional de Historia Natural, el Museo Etnográfico del Trocadero, que se convirtió en el Museo del Hombre en 1937, etc. Fue tanto etnólogo como americanista: siempre mantuvo el vínculo entre lo

particular, lo singular (el americanismo) y lo general (la etnología). Desde 1907, y durante un medio siglo, se puso al servicio de la Sociedad de Americanistas y trabajó de manera muy activa en su desarrollo. Gracias a él, la Sociedad gozó de gran prestigio científico internacional, y su *Journal de la Société des Américanistes* devino el principal órgano internacional de difusión del saber americanista, el guion entre los eruditos de América y Europa durante los decenios 1920-1960 (Laurière 2008a: 299-307, y Laurière 2009). Durante cincuenta años Rivet fue el alma del americanismo francés, gozando de una fama poco común en América Latina, viajando por sus países en largas misiones tanto científicas como diplomáticas. Gracias a su puesto de secretario general de la Sociedad, se convenció de la importancia cardinal del internacionalismo científico y de la solidaridad entre los eruditos¹, que experimentó diariamente a través de las discusiones con sus pares americanistas europeos y americanos. El período 1906-1930 correspondió a años de una gran productividad científica por parte de Rivet: publicó muchísimo artículos y ensayos sobre lingüística amerindia, etnografía y arqueología (Laurière 2008a: 157-282). Sus trabajos americanistas lo hicieron penetrar en un medio científico donde el diálogo no se situó en el nivel francés sino internacional, como lo probó su abundante correspondencia con sus colegas extranjeros.

Lo anterior reforzó su legitimidad y posición en Francia misma y le ayudó a imponer su candidatura a puestos clave. Al crearse el Instituto de Etnología, en agosto de 1925, Rivet fue nombrado secretario general, como su amigo Marcel Mauss. Pero fue él quien se ocupó más de su administración cotidiana, de su organización. Esperada durante mucho tiempo, retrasada por los estragos de la Primera Guerra Mundial, por fin la creación del Instituto fue la última etapa, la culminación –después de 30 años– de la especialización en marcha en el campo de las ciencias sociales y humanas. Marcó el reconocimiento progresivo del interés, del valor y de la utilidad de la erudición colonial que se impuso como una fuente de

¹ Sobre este aspecto del compromiso de Rivet, véase Laurière 2008c.

conocimiento científico legítimo, siempre y cuando fuera canalizada y practicada con rigor. Se trató de formar y profesionalizar investigadores según los cánones de la sociología durkheimiana y maussiana. La legitimidad concedida a la etnología universitaria naciente le permitió organizarse sobre el plano institucional, forjar sus herramientas conceptuales, formar etnólogos profesionales y publicar trabajos etnográficos. En marzo de 1928 –luego de una última lucha muy ruda entre los defensores de una antropología estrictamente anatómica y los partidarios de una etnología centrada en la etnografía y la lingüística– fue elegido profesor titular de la cátedra de antropología del Museo Nacional de Historia Natural. Fue la culminación de su carrera científica, la apoteosis de una trayectoria comenzada más de veinte años atrás. Entre sus responsabilidades se encontraba también la reorganización del Museo de Etnografía del Trocadero, de la que estuvo encargado desde 1928, en estrecha colaboración con George Henri Rivière, el subdirector que eligió para trabajar juntos. Aprovechando la Feria Exposición Internacional de 1937, obtuvieron financiación para crear el Museo del Hombre, museo absolutamente revolucionario para su época y que pretendía ser una máquina de guerra contra las ideas prevalentes sobre el primitivismo y el retraso de las poblaciones exóticas, contra su inferioridad, al tiempo que se proponía desmontar el racismo y sus prejuicios esencialistas.

El Museo del Hombre es la obra maestra de Paul Rivet, la realización que le importó más en toda su vida. El nombre mismo de “Museo del Hombre” se amoldó perfectamente a la intención antropológica de Rivet, caracterizada por la interdisciplinariedad del saber. La astucia de este nombre fue, precisamente, que no privilegió ninguna disciplina sino que las incluyó a todas, afirmando el primado de la unidad de lo biológico y lo social. Al revés de lo que pasó en el mismo período en los países anglosajones –donde la etnología se emancipó del museo y se institucionalizó, penetrando el mundo de la universidad–, la particularidad de la etnología francesa de las décadas 1920-1950 fue su relación privilegiada con el Museo, que le

dio su visibilidad social y científica, su legitimidad frente a los medios intelectual, artístico y político. Para expresar esta relación estrecha de enriquecimiento mutuo entre los dos, Paul Rivet inventó el concepto de museo-laboratorio (Laurière 2008b: 501-502). Raramente se había insistido tanto sobre las misiones de servicio y de educación pública que debía asumir un museo. El papel social se afirmó como preponderante –más aún que los papeles de preservación y conservación–, en la medida en que Paul Rivet concebía el museo como “un factor esencial de educación popular” (Rivet 1948: 112). Intentó restaurar la dignidad de las poblaciones exóticas y coloniales, valorar su patrimonio y lograr en los visitantes un mayor aprecio de ellas, a través la ejemplificación de las características comunes compartidas por todos: el gesto y el habla, la técnica y el arte. Conservador de la civilización material, el Museo del Hombre demostraba que la etnología era una “disciplina de vigilancia” (Jamin 1989), una “escuela de optimismo” (Rivet 1942) que buscaba, mediante los objetos allí expuestos, probar la indefectible solidaridad que unía a todos los hombres, mostrando las aptitudes técnicas comunes, que equivalen a un peldaño en el camino de ascenso hacia el progreso. Así mismo, el museo constituyó un símbolo de la unidad humana en su diversidad. Al objeto se le asignaba un “positivismo”: se convirtió en la expresión metonímica de la sociedad, que produjo una pieza irrefutable que debía emplearse para poner fin al injusto proceso llevado a cabo contra las sociedades condenadas, erróneamente, por su primitivismo, su arcaísmo. Esta definición no escapó de una visión teleológica de la historia, evolucionista por principio, porque el hombre debe tener motivos de esperanza y mirar con confianza hacia el futuro. La etnología, gracias a su museo, representó un contrapunto necesario respecto al materialismo dominante en la sociedad.

Paul Rivet no podía concebir una etnología que no estuviera comprometida, que no fuera militante, abierta a una mejor comprensión entre pueblos y naciones. Si el museo es el

medio de propaganda ideal para difundir estas ideas –puesto que se inscribe dentro de los asuntos de la urbe y puede intervenir en el orden de las representaciones colectivas–, sin embargo, Paul Rivet salió a la palestra para defender él mismo sus convicciones. Gran pedagogo, animado por una extraordinaria fuerza de convicción que puso al servicio de la defensa de sus ideales y de sus valores humanísticos, poseía un carisma que se extendió más allá del círculo de los etnólogos. Figura emblemática del intelectual de izquierda de la Tercera República, no se consideró un sabio en su “torre de marfil”, temeroso de involucrarse en los asuntos ciudadanos. Producto de la nueva meritocracia republicana, Rivet se convirtió en el apóstol de una etnología comprometida en tiempos sumamente difíciles, la década de 1930, que constituyó la época del fascismo y del racismo, que instrumentalizaron y desvirtuaron el conocimiento científico para oprimir y estigmatizar ciertas categorías de personas. Miembro del Partido Socialista desde el final de la Primera Guerra Mundial, presidente del Comité de vigilancia de los intelectuales antifascistas (CVIA) desde marzo de 1934, concejal de París desde mayo de 1935, incansable compañero de ruta del equipo del Frente Popular, signatario de numerosas peticiones contra la opresión política, ardiente pacifista, partidario de los republicanos españoles, miembro del Comité Central de la Liga de Derechos del Hombre desde 1938, creador de una revista científica contra el racismo, Paul Rivet se lanzó a ciegas a sus compromisos políticos, que no podrían entenderse sin referirse a su pensamiento antropológico. Creía sinceramente que los científicos deberían ser las puntas de lanza de la sociedad, que tienen una responsabilidad con sus conciudadanos y, en cuanto vigías atentos de los sucesos políticos, deben alertarlos en caso de que el peligro amenace la concordia social y humana (Laurière 2008a: 481-549).

Después de la derrota de Francia frente a Alemania, en junio de 1940, Paul Rivet rechazó dejar su patria, a pesar de las exhortaciones de sus amigos, que temían por su vida. Decidió resistir al petainismo y al régimen de Vichy. La primera de sus tres cartas escritas al

mariscal Pétain, el 14 de julio de 1940, para decirle que no sería jamás un verdadero líder y que el pueblo francés no estaba con él, llamó la atención de la prensa colaboracionista, que orquestó una campaña de difamación contra él. Desde sus inicios participó en la red de resistencia del Museo del Hombre, prestando la vieja imprenta del CVIA, traduciendo discursos de Churchill y Roosevelt, llevando clandestinamente los folletos en su maletica. Relevado de sus funciones por el régimen de Vichy, debido a sus opiniones políticas, escapó *in extremis* de la Gestapo en febrero de 1941, que decapitó sin merced a la red del Museo del Hombre. Volvió a la zona libre antes de irse para Colombia, vía España.

Un verdadero colombiano

A pesar de las muy difíciles circunstancias que lo obligaron a huir de Francia, la venida de Paul Rivet a Colombia fue una auténtica elección, y no el fruto de una serie de acontecimientos que sufrió sin margen de maniobra. Hubiera podido marcharse a Nueva York o a México, como se lo propusieron encarecidamente sus amigos exiliados, colegas científicos y funcionarios de esos países, pero Paul Rivet eligió a Colombia, y esa decisión fue motivada por sus actividades científicas anteriores y la calidad de los vínculos personales que tuvo con algunos colombianos. Desde un punto de vista estrictamente científico, si se considera su bibliografía, la escogencia de Colombia parecía mucho más lógica y pertinente, en la medida en que no era especialista de Norteamérica sino del noroeste de Suramérica. Colombia constituía el prolongamiento geográfico de sus trabajos lingüísticos y sus estudios sobre la civilización material y la metalurgia en Ecuador, y se recuerda que, en el sistema de análisis difusionista, la geografía importaba mucho para la restitución de la historia de América. Así, Colombia se situó en la zona de investigación de predilección de Rivet desde la década de 1910. Como lo expresó muy claramente Roberto Pineda Camacho: “Ya entonces Rivet era un

verdadero colombiano sin pisar las tierras de nuestro país” (Pineda Camacho 1998: 54). Y como secretario general de la Sociedad de Americanistas, estuvo muy atento a todo lo que tenía relación con Colombia. Obtuvo entonces unos sólidos conocimientos de este país, que amplificaron el interés con el que adoptó su misión científica, en agosto de 1938 (ver el anexo).

Rivet había sido uno de los invitados protagonistas de las celebraciones conmemorativas del cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Bogotá. Director del nuevo aclamado Museo del Hombre, americanista famoso, concejal de la ciudad capital de Francia, Paul Rivet fue invitado por Eduardo Santos, el futuro presidente, a asistir a su toma de posesión. Ya lo conocía bien desde la década de 1930, pues lo acogió en sus tertulias, en su apartamento del Museo del Hombre, donde se encontraban todos los americanos latinos de paso por París. En Bogotá, “fue recibido como un verdadero profeta” (Pineda Camacho 1998: 62), pronunció una serie de charlas sobre los orígenes del hombre americano y sobre la orfebrería precolombina. Recorrió la Exposición Arqueológica, organizada por Gregorio Hernández de Alba; visitó a los indígenas en el Parque de la Independencia y encontró al padre capuchino Marcelino de Castellví, que ya conocía gracias a un intercambio regular de correspondencia. Iba al macizo Colombiano a ver a los indios guambianos, y, sobre todo, con Hernández de Alba como guía, visitó el sitio arqueológico de San Agustín, que lo entusiasmó y apasionó; de hecho, fue su “mejor recuerdo colombiano”².

En mayo de 1941, encontró refugio en Colombia, gracias a Eduardo Santos, quien le propuso tomar la dirección del Instituto Etnológico Nacional, fundado expresamente por él, según el modelo del de París, que tuvo un éxito notable. El 21 de junio de 1941 es el día de creación oficial del IEN, con el deseo de darle un nuevo lugar al indígena en la nación

² Carta de Paul Rivet a Gregorio Hernández de Alba, 1 de septiembre de 1938 (citado en Perry 1994: 63).

colombiana. Colombia era entonces una tierra indígena que enfrentaba muchos problemas políticos, sociales e ideológicos, en relación con este segmento de su población. Lo que Rivet afirmaba en el Museo del Hombre, en sus cursos del Instituto de Etnología de París y en sus ponencias, lo aseveró también en el Instituto Etnológico Nacional y frente a la audiencia más amplia de las élites colombianas, aun cuando en un contexto político y ideológico muy diferente que modificaba radicalmente el sentido de su discurso, que se tornó subversivo y progresista. Las élites estuvieron atormentadas por un complejo de inferioridad, por la sombra de la Berbería, que socavaría la voluntad de construcción nacional y no dejaría que Colombia se convirtiera en un país civilizado moderno. Las cantinelas sobre la degeneración racial, debido a la maldición del mestizaje y a una fuerte presencia indígena y negra, y el determinismo geográfico de los trópicos para explicar el retraso de Colombia estuvieron en boga y alimentaron un sentimiento profundo de pesimismo y decadencia entre las élites conservadoras, pero también liberales, en una medida menor (Chaves Chamorro 1986: 51-52). Por eso, el discurso pronunciado por Paul Rivet con motivo de la inauguración del Instituto Etnológico Nacional, “La etnología, ciencia del hombre” (Rivet 1942), marca un momento fundamental en su historia y en el marco más largo de las ciencias sociales: suena como un manifiesto de lo que debe ser la antropología colombiana, su misión científica, para hacer que la nación acepte y admita su componente indígena sin darle vergüenza.

Rivet disfrutó en la Escuela Normal Superior de un Departamento de Ciencias Sociales floreciente, de un grupo de profesores colombianos y extranjeros de calidad, y de un grupo de alumnos bien formados. Se ha dicho mucho que la presencia de Paul Rivet fue decisiva, porque ayudó a institucionalizar la etnología. Sin embargo, los mismos autores suponen que si no hubiera venido, esta institucionalización se habría realizado de todas maneras, tarde o temprano, porque había en la Escuela Normal Superior varios profesores (Justus Schottelius, Gregorio Hernández de Alba, Antonio García, José Socarrás, Pablo Vila)

que se interesaban en la realidad indígena. Hubiera sido una mera cuestión de tiempo. Esto se puede admitir, aunque hubiera sido la arqueología la que hubiera aprovechado el apoyo del Gobierno, o incluso la sociología indigenista habría tomado por objeto los indios sólo en cuanto campesinos y buscado las medidas de integrarlos mejor a la vida nacional. No hay que olvidar que en la década de 1930 la etnología de los pueblos amerindios no tenía ninguna legitimidad académica ni científica en Colombia. Algunos cursos más o menos etnológicos diluidos en la formación más general dada en el Departamento de Ciencias Sociales de la ENS no bastaban para asegurar la visibilidad de una disciplina como la etnología. No pudieron tener el mismo impacto que una formación exclusivamente centrada en la etnología y que se propuso formar, no a futuros profesores, sino a etnógrafos, a investigadores. Se necesitaba un hombre de la estatura científica de Paul Rivet, de su fama, para acallar a los que denigraban a los indios e imponer la legitimidad de estudios etnológicos dedicados a los indios vivos, a los indios de las tierras bajas. Además, la coyuntura política que hasta el principio de la década de 1940 estaba a favor de las ciencias sociales pronto iba a degradarse. Por todas estas razones, me parece que sin su presencia no se hubiera creado tan pronto el Instituto Etnológico Nacional.

Los objetivos del IEN fueron la enseñanza de la etnología general, americana y colombiana, en particular; la investigación etnográfica sistemática de todo el territorio colombiano y la publicación de los trabajos científicos. Rivet quería formar lo más rápidamente posible a un primer equipo de jóvenes etnógrafos para enviarlos al terreno. El ciclo de enseñanza se repartía en dos años. Los cursos del primer año permitían a los estudiantes adquirir una cultura etnológica general: antropología física, bío-antropología, etnografía y sociología, geología del cuaternario, prehistoria, lingüística y fonética. Los cursos del segundo año profundizaban en todas las asignaturas, concentrándose en etnología

americanista y colombianista. Tres cursos fueron añadidos: museología y tecnología, técnicas de excavación, orígenes del hombre americano. El equipo docente se componía de personalidades científicas extranjeras y colombianas de calidad: Paul Rivet (asignaturas: Antropología Física, Lingüística Americana, Orígenes del Hombre Americano), Justus Wolfram Schottelius (antes de morir, enseñaba Prehistoria General y Americana), José de Recasens (Prehistoria), Manuel José Casas Manrique (Lingüística y Fonética), José Socarrás (Bío-Antropología General y Americana), Luisa Sánchez (Prehistoria).

Por todos los medios, Paul Rivet intentó asegurar la perennidad del Instituto, solicitando la generosidad del Comité de la Francia Libre, del cual fue el presidente honorario, para que financiase las expediciones etnográficas y la publicación de la *Revista del Instituto Etnológico Nacional*. Gracias a su notoriedad y su autoridad científicas, obtuvo también una subvención de la Rockefeller Foundation y donaciones muy importantes de libros de ciencias sociales que provenían de la Congress Library de Washington, que ofrecía a la biblioteca del ENS. Sabía pertinentemente que “para este país, la etnología sigue siendo un lujo. Su presupuesto es empleado (y es natural) en obras de utilidad pública: carreteras, escuelas, etc.”³. La solidaridad científica debe cumplir su papel y compensar las debilidades del poder público. En realidad, excepto el suministro local, los sueldos de los profesores y las becas para los alumnos, Paul Rivet no dispuso de “fondos para comprar libros, materiales de los cursos, ni siquiera para la organización de expediciones”⁴. Sin el apoyo del Comité de la Francia Libre y de la Rockefeller Foundation, que confiaron en Paul Rivet, ninguna investigación en el campo hubiera sido posible, en la medida en que el Ministerio de Educación se confinó en su misión de formación académica de profesores de secundaria, aunque el Instituto Etnológico Nacional quería formar etnógrafos e investigadores. De hecho, las convicciones de Rivet sobre las misiones prioritarias de la etnología –etnografía y

³ Carta de Paul Rivet a Franz Boas, 14 de agosto de 1941 (Fondo Paul Rivet, archivos de la Biblioteca Central del Museo Nacional de Historia Natural, París, No. 2 AP 1 D).

⁴ *Ibid.*

lingüística de salvamento, valoración de las sociedades indígenas vivas de las tierras bajas—no se pusieron al día respecto a las preocupaciones gubernamentales, deseosas de glorificar un prestigioso pasado arqueológico para que se tornase en un pilar de la nacionalidad colombiana. Y no se pusieron tampoco al día respecto al movimiento indigenista, cuyo análisis político de la situación de opresión sufrida por el indio rechazaba diluir esta especificidad en un discurso humanista que le parecía demasiado general y no suficientemente militante.

A pesar de las dificultades financieras, Paul Rivet pensaba que tenía “la posibilidad de hacer una gran obra. Sabe”, escribía a Franz Boas, “que estudié mucho las civilizaciones y lenguas de Colombia. Pienso que puedo dirigir un centro de investigación importante en este país. Mi objetivo sería ante todo estudiar las lenguas y las poblaciones actuales, que están desapareciendo con una velocidad aterradora. Quisiera recoger datos para monografías profundizadas sobre los últimos grupos indígenas todavía existentes. Dejaría la arqueología a otros, porque estoy convencido de que la tierra nos guardará aún mucho tiempo tesoros que nuestros descendientes podrán estudiar, mientras que los pueblos actuales se estarán fusionando con las poblaciones blancas, a no ser que fueran destruidos”⁵.

Con la primera promoción de estudiantes del IEN, y con algunos investigadores que gravitaban alrededor (Gerardo Reichel-Dolmatoff, Henri Lehmann, Anna Kipper), Paul Rivet organizó las primeras expediciones al campo en diciembre de 1941 y enero de 1942. Estas misiones etnográficas son la mayor característica del Instituto. Había que recorrer todo el territorio de la Colombia indígena y hacer el inventario de estas sociedades, ahora que todavía había tiempo. Milciades Chaves y Gerardo Reichel-Dolmatoff inspeccionaron la región

⁵ *Ibid.*

chimila; Henri Lehmann, Alberto Ceballos y Milciades Chaves trabajaron en la zona kwaiker; Miguel Fornaguera, José y María de Recasens, Eliécer Silva Celis, se fueron para la región de La Belleza, en Santander; Roberto Pineda Giraldo y Virginia Gutiérrez, Gerardo Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussan exploraron la serranía del Perijá, etc. Correspondió a los grandes años de enriquecimiento sin precedente de las colecciones del Museo Arqueológico y Etnográfico. Esto se explica por el cambio de estatuto del objeto, que, de curiosidad, de antigüedad, de reliquia, se tornó en un documento, en una pieza de estudio, en una prueba de la cultura material de las sociedades indígenas, como en el Museo del Hombre de París.

El trabajo cumplido es considerable (Uribe 1996; Botero Cuervo 2006: 257-264; Laurière 2008a: 587-589). Se puede muy útilmente referirse al balance realizado por Henri Lehmann en el *Journal de la Société des Américanistes* (1948) de las “Excavaciones e investigaciones arqueológicas en Colombia desde 1941”, para darse cuenta de los progresos realizados en el lapso de algunos años, muy pocos, por un equipo muy pequeño pero sumamente motivado e industrioso. “Colombia ya no es la gran desconocida que solía ser [...]”, se alegró Henri Lehmann, pues el IEN ya era “una de las instituciones más importantes de este tipo en América Latina” (Lehmann 1948: 335 y 338). Conscientes del valor de tal herramienta institucional forjada por Rivet, antropólogos estadounidenses intentaron después de 1945 establecer vínculos de colaboración científica más estrechos con el Instituto, aprovechando este caldo de cultivo tan propicio, para desarrollar varias misiones de investigaciones arqueológicas y etnográficas. Gracias a Paul Rivet, durante varios años los lectores del *Journal de la Société des Américanistes* aprendieron todos los acontecimientos relativos a la vida científica e institucional del Instituto y de la antropología colombiana, que encontraban un largo eco en las páginas del *Journal*, el cual publicó informes de Luis Duque Gómez, dio noticias de las expediciones, etcétera.

Una vez que Eduardo Santos dejó la Presidencia, en 1942, la prioridad absoluta que le daba Rivet a la etnografía de salvamento lo alejó poco a poco de las preocupaciones de los dirigentes políticos, quienes deseaban quedarse en la exaltación de un pasado arqueológico glorioso y de las civilizaciones andinas más desarrolladas⁶, mientras que Rivet elevaba las sociedades de tierras tropicales bajas al rango de ancestros civilizadores y demostraba la calidad e intensidad de los intercambios que unían a las sociedades andinas con las de la selva. Era un discurso difícil de entender para muchos que veían en el indio un ser humano que debe ser reformado, cambiado, mejorado, incluso “folclorizado”. Le faltó un apoyo firme y se agotó en la búsqueda del dinero para organizar las expediciones. Su contrato se acababa en mayo de 1943, y el Ministerio de Educación no hizo nada para que se quedase, como lo permite pensar esta carta de José Socarrás, quien le escribió que fue un gesto de “una torpeza inaudita dejarlo ir”⁷. Además, como era normal, se hizo sentir una voluntad política de darle prioridad a una dirección colombiana y no a una extranjera, para decidir y dirigir. (Luis Duque Gómez fue el primer director colombiano del Instituto). Fue Rivet quien dio el impulso y puso en marcha el Instituto, pero no fue su papel quedarse de manera permanente a la cabeza del Instituto Etnológico Nacional. Rivet decidió entonces irse a México, con una nueva misión más amplia de propaganda científica y diplomática, en nombre del Comité de la Francia Libre del general De Gaulle. En su correspondencia con José de Recasens, José Francisco Socarrás y Gerardo Reichel-Dolmatoff, sus amigos cercanos, todos observaban que los hallazgos arqueológicos se aclamaban, mientras que los hallazgos etnográficos se ignoraban y menospreciaban. Había un conflicto ideológico sobre las prioridades científicas que el Instituto debía seguir.

⁶ Véase su informe al Ministro de Educación, 11 de mayo de 1943 (archivos de la ENS, Vol. 94, Facultad de Educación de Tunja).

⁷ Carta de José Socarrás a Paul Rivet, 28 de julio de 1943 (archivos de la ENS, Vol. 94, Facultad de Educación de Tunja).

Cuando la ideología indigenista adquirió mayor vigor, hasta convertirse incluso en un arma política de reivindicación subversiva (Pineda Camacho 1984; Chaves Chamorro 1986: 126-146), Rivet no se unió a este movimiento, arguyendo que estaba a favor de una nación “multicultural”, que debía hacer de su mestizaje una riqueza y no negar ninguno de sus componentes⁸. Esta posición fue muy mal entendida por los antropólogos colombianos de tendencia marxista de las décadas de 1960 y 1970 (Arocha y De Friedemann 1984: 261-262), quienes le reprocharon su pasividad y su desinterés por la causa del indio, por su marginalidad social en cuanto ciudadano. Se le acusó de haber dado la espalda a los problemas económicos y políticos que afrontaban los indígenas. Etnólogo extranjero en Colombia, refugiado, director de una institución oficial, Rivet no podía comprometerse en un debate político e ideológico nacional. Consideraba al indio en su dimensión cultural y humana pero no sociológica y política, aun cuando era un observador muy atento y preocupado por los acontecimientos y la situación indígenas (Molina 1958; Laurière 2008a: 120-121, 590-596). En privado, fue partidario de una reforma profunda de la estructura agraria, recomendando a sus amigos de la élite latinoamericana que dejaran de perder tiempo en discursos y actuaran desde ya para suprimir las desigualdades y la pobreza.

Más allá de las diferencias, el Instituto Indigenista y el Instituto Etnológico Nacional no se opusieron, y más bien se complementaron (Pineda Camacho 1985). El último no fue una iniciativa privada sino oficial, y no pudo meterse en la lucha política, so pena de comprometer su propia existencia. Pero dio al Instituto Indigenista miembros bien formados, que dominaban las herramientas analíticas y conceptuales para aprehender la realidad indígena. El Instituto Etnológico Nacional, a través de Paul Rivet, tomaba una posición más académica y científica con respecto a los problemas indígenas: si quería conocer al indio, al mismo tiempo

⁸ Véase su artículo –bastante desconocido– “Indigenismo”, publicado en la *Revista de la Escuela Normal Superior, Educación*, en 1941. Fue, originalmente, un discurso que pronunció el 22 de junio de 1941 en la ENS.

hizo abstracción de muchos parámetros sociológicos y económicos, estudiándolos como si hubieran vivido en una burbuja, *in vitro*, mientras que los indigenistas consideraban al indio *in vivo*, en sus relaciones de dependencia y de explotación. Obsesionado por una etnografía de salvamento, precisamente porque la incorporación de los indios a la vida nacional le parecía inevitable y deseable para la concordia nacional, Paul Rivet ignoraba deliberadamente las manifestaciones de aculturación para concentrarse en características culturales indígenas típicas, que era necesario archivar, ahora que todavía había tiempo. Profesó una antropología estrictamente americanista, es decir, únicamente preocupada por el primer habitante del continente americano y por su cultura. En este sentido, no se salió de las misiones impartidas al Instituto Etnológico Nacional.

Opositor férreo del fascismo, el racismo, la dictadura militar, la exacerbación del nacionalismo, la valoración de la diferencia si lleva a la supremacía de algunos, Paul Rivet aborrecía todos estos gérmenes de división que desgarraban a los hombres. Siempre pensó en la unión. En la adversidad del exilio no dejó de ser un científico comprometido, militante, consciente de sus deberes de erudito con la urbe. Sobre suelo americano, así como sobre suelo francés, permaneció fiel a sus principios de lucha por la igualdad y el respeto a todos en la diversidad, sin distinción de naciones, de razas, ni siquiera de etnias. Por eso estuvo a favor del mundialismo a partir de 1945, de la instauración de estructuras internacionales que trascenderían los particularismos. En cuanto etnólogo americanista, esta lucha pasó por una revaluación del sitio otorgado al indio en la historia, pero también en la nación contemporánea, con un reconocimiento político, cívico y social. En este sentido, se puede decir que, a su manera, durante estos dos años en Colombia, Paul Rivet practicó una etnología aplicada, luchando, entre otros, contra los prejuicios de inferioridad y de primitivismo asociados a los indios.

Bibliografía

- Arocha, Jaime y Nina de Friedemann. 1984. *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*. Bogotá: Etnos.
- Botero Cuervo, Clara Isabel. 2006. *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas, 1820-1945*. Bogotá: Instituto colombiano de Antropología e Historia, Universidad de los Andes.
- Bourdieu, Pierre. 2001. *Science de la science et réflexivité*. París: Raisons d'agir.
- Chaves Chamorro, Milciades. 1986. *Trayectoria de la antropología colombiana. De la Revolución en Marcha al Frente Nacional*. Bogotá: Colciencias, Guadalupe Ltda.
- Dussan de Reichel, Alicia. 1984. "Paul Rivet y su época". *Correo de los Andes* 26: 70-76.
- Herrera, Martha y Carlos Low. 1994. *Los intelectuales y el despertar de la Escuela Normal Superior: una historia reciente y olvidada*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Jamin, Jean. 1989. Le savant et le politique: Paul Rivet (1876-1958). *Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris* 1 (3-4): 277-294.
- Landaburu, Jon (ed.). 1996-1999. *Documentos sobre lenguas aborígenes de Colombia del archivo de Paul Rivet*. Vol. I, *Lenguas de la Amazonia colombiana*. Vol. II, *Lenguas de la Orinoquía y del Norte de Colombia*. Vol. III, *Lenguas del Sur de Colombia*. Vol. IV, *Lenguas del Occidente de Colombia*. Bogotá, Ediciones Uniandes, Centro Colombiano de Estudios de Lenguas Aborígenes, Colciencias.
- Laurière, Christine. 2008a. *Paul Rivet, le savant et le politique*. París: Publications scientifiques du Muséum national d'histoire naturelle.
- Laurière, Christine. 2008b. Paul Rivet: hombre político y fundador del Museo del Hombre. *Revista Colombiana de Antropología* 44 (2): 481-507.

- Laurière, Christine, 2008c. L'anthropologie et le politique, les prémisses. Les relations entre Franz Boas et Paul Rivet (1919-1942), *L'Homme* 187-188: 69-92 (version inglesa publicada en 2009. *Histories of Anthropology Annual* 4. eds. Regna Darnell y Frederic Gleach. Londres. University of Nebraska Press).
- Laurière, Christine. 2009. La Société des Américanistes de Paris: une société savante au service de l'américanisme. *Journal de la Société des Américanistes*, en el próximo número.
- Lehmann, Henri. 1948. Fouilles et enquêtes ethnographiques en Colombie depuis 1941. *Journal de la Société des Américanistes* XXXVII: 327-337.
- Molina, Gerardo. 1958. En la muerte de Paul Rivet. *La Calle*, 28 de marzo de 1958.
- Perry, Jimena. 1994. *Biografía intelectual de Gregorio Hernández de Alba*. Monografía de tesis presentada para optar al título de antropóloga. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Pineda Camacho, Roberto. 1984. La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano (1850-1950). En, Jaime Arocha y Nina de Friedemann, eds., *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*, 197-251. Bogotá: Etno.
- Pineda Camacho, Roberto. 1985. "Paul Rivet y el americanismo". *Texto y Contexto* 5: 7-20.
- Pineda Camacho, Roberto. 1998. Paul Rivet: un legado que aún nos interpela. En Jon Landaburu, ed., *Documentos sobre lenguas aborígenes de Colombia del Archivo de Paul Rivet*. Vol. II. *Lenguas de la Orinoquía y del Norte de Colombia*, 53-74. Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes, Centro Colombiano de Estudios de Lenguas Aborígenes, Colciencias.
- Rivet, Paul. 1924. Langues américaines. En Antoine Meillet y Marcel Cohen, eds., *Les langues du monde par un groupe de linguistes*, 597-712. París: E. Champion.
- Rivet, Paul. 1925. Les origines de l'homme américain. *L'Anthropologie* 35: 293-319.
- Rivet, Paul. 1942. La etnología, ciencia del hombre. *Revista del Instituto Etnológico Nacional* I(1): 1-6.

Rivet, Paul. 1943. *Los orígenes del hombre americano*. México: Cuadernos Americanos (traducido por José de Recasens).

Rivet, Paul. 1948. Organisation d'un musée ethnologique. *Museum* I (1-2): 68-70, 112-113.

Rivet, Paul, Créqui-Montfort, Georges de. 1951-1956. *Bibliographie des langues aymara et quechua*. T. I (1540-1875). T. II (1876-1915). T. III (1916-1940). T. IV (1941-1955). París: Mémoires et Travaux de l'Institut d'Ethnologie.

Uribe, Carlos Alberto. 1996. Entre el amor y el desamor: Paul Rivet en Colombia. En Jon Landaburu, ed., *Documentos sobre lenguas aborígenes del Archivo de Paul Rivet*. Vol. I, *Lenguas de la Amazonia colombiana*, 49-74. Bogotá: Ediciones Uniandes, Centro Colombiano de Estudios de Lenguas Aborígenes, Colciencias.

Anexo

Aquí está el informe⁹ inédito que Paul Rivet escribió en noviembre de 1938 sobre lo que pudo constatar durante su viaje por Colombia en agosto y lo que preconizó para mejorar la situación de la arqueología y de la antropología colombianas. Hizo este informe por encargo del presidente Eduardo Santos y del ministro de Relaciones Exteriores, López de Mesa, que estuvieron deseosos de conocer su opinión experta. Por desgracia, el desencadenamiento de la guerra en Europa en 1940 impidió la realización de una parte de los proyectos de Rivet para ayudar al desarrollo de la etnología y arqueología colombianas pero, al mismo tiempo, provocó su venida.

Informe del Profesor Rivet

Después de una permanencia de casi un mes en Bogotá durante la cual pude relacionarme con muchísimos eruditos colombianos, y, sobre todo, después de ese magnífico viaje a San Agustín, que pude realizar merced a su alto apoyo, creo que puedo comunicar a Ud. mi opinión sobre la cuestión etnológica en su país.

Todo el territorio colombiano es de una riqueza enorme desde el punto de vista arqueológico. La zona de San Agustín, por sus manifestaciones de escultura, es de un interés muy particular. La responsabilidad de Colombia en la conservación de todos los restos del pasado es muy más grande, frente a la ciencia americanista, ya que la ley prohíbe toda

⁹ Se encuentra en el Fondo de Archivos del Museo del Hombre, localizado en la Biblioteca Central del Museo Nacional de Historia Natural de París (No. 2 AP 1 K15e, carpeta: Bogotá).

exportación de objetos arqueológicos. Esta ley impone a Colombia el deber de hacer un gran esfuerzo para la preservación y estudio de estos restos.

Me parece que aquí, como lo hice en Francia, es preciso salirse del “amateurismo”. Durante muchos años, todo hombre un poco ilustrado se ha creído apto para estudiar la arqueología o la etnografía. En verdad, no hay ciencia que necesite un aprendizaje más serio que la etnología.

Además, la etnología no debe limitarse al estudio de las poblaciones antiguas. Tiene que estudiar también, y esto es todavía más urgente, y de un interés práctico más inmediato, los caracteres físicos, culturales y lingüísticos de las poblaciones indígenas. Pues mientras que los restos arqueológicos son protegidos en el suelo, las civilizaciones y las lenguas indígenas mueren, los tipos humanos se mestizan por la mezcla ineluctable (y necesaria, para el progreso y la formación de nacionalidades) que resulta del contacto entre razas distintas. La tarea se presenta en orden cronológico, con la urgencia siguiente:

1. Proteger todo lo que se ha exhumado del pasado hasta la fecha.
2. Hacer un estudio exhaustivo de las razas, civilizaciones y lenguas indígenas.
3. Seguir la exploración –de un modo sistemático y absolutamente científico– de la arqueología del país.

Para cumplir con este vasto programa, se necesitan:

1. Etnólogos de profesión, entusiastas y sabios.
 2. Museos para recoger y abrigar las colecciones ya reunidas y las que se formarán en el porvenir.
-
1. La formación de etnólogos especializados puede realizarse en dos o tres años, mandando cada año, con beca, a uno o dos jóvenes aventajados, de preferencia de

formación médica, a un centro norteamericano o europeo, asegurándoles a su regreso una situación correspondiente a su esfuerzo. Ellos constituirían en Colombia un núcleo de investigadores y de profesores capaces de formar alumnos y colaboradores.

Con la organización actual en Francia, en un año de octubre a octubre, creo que con elementos bien escogidos se pudiera formar una primera cuadrilla de investigadores que podría regresar a Colombia con un plano para la edificación de un Museo digno de Colombia.

2. Este museo no debe improvisarse. Hay que hacer para él lo que el señor Samper Ortega hizo para su Biblioteca Nacional, es decir, aprovechar los ensayos más o menos perfectos realizados en otros países y las experiencias de otros países.

Además de estas indicaciones, propongo por mi parte:

1. Mandar aquí cada año uno de mis alumnos para preparar su tesis entre los indígenas de una región determinada, empezando por aquellos cuya civilización o lengua están más amenazadas de desaparición, y después, cuando se forme un cuerpo de etnólogos, colaborar con ellos en el estudio arqueológico sistemático del país.
2. Organizar en el Museo del Hombre de París una exposición etnológica colombiana con las colecciones ya reunidas por el mMuseo o por particulares, y algunos objetos prestados por el Gobierno colombiano, exposición que será un elemento potente de acción para la propaganda nacional.

Por lo que toca a la región de San Agustín, creo que hay que tomar con mucha urgencia medidas enérgicas de conservación, pues, si no se hace así, estoy seguro de que, dentro de veinte años, en su mayoría las reliquias admirables exhumadas hasta hoy serán dañadas o destruidas. Estas medidas me parece que pueden ser las siguientes:

1. Impedir de un modo absoluto toda exploración nueva que no sea de carácter netamente científico, y dar órdenes formales a las autoridades para que todo descubrimiento ocasional sea inmediatamente anunciado al Ministerio, para que realice las diligencias para su aprovechamiento.
2. Reunir en un local apropiado todas las estatuas y restos que yacen ahora en el monte expuestos a las inclemencias del tiempo y a las destrucción humana. No hay duda de que, si la cosa resulta posible, así lo creo, el centro más apropiado para esta reunión sea Bogotá. Para satisfacer las exigencias locales, sería posible dar, en canje, a San Agustín vaciados en cemento de las piezas originales principales así recogidas y preservadas, para formar un museo local.